Lección 6
(31 de Julio al 7 de Agosto de 2010)

Ampliación de la fe

Dr. José Carlos Ramos

El capítulo 5 de Romanos que estudiamos en esta semana, está dividido en dos partes principales: los versículos 1 al 11, donde se exponen los privilegios que emanan de la justificación por la fe; y los versículos 12 al 21, en el que se hace un contraste entre Adán y Cristo (respectivamente el primero y el último Adán a la luz de 1 Corintios 15:45), como cabezas de la humanidad. Recibir la penalidad del pecado o el galardón de justicia depende de que estemos ligados al primero o al Segundo.

En la primera parte, se hace notar una nota exultante de seguridad: paz (versículo 1), esperanza y gloria (versículo 2), no confusión, amor de Dios y el Espíritu Santo (versículo 5), salvación y reconciliación (versículos 9 al 11).

En la segunda parte, el apóstol considera que toda la miseria que se abate sobre la humanidad, miseria en términos de pecado, condenación y muerte, tiene su origen en el acto de desobediencia del primer hombre. La caída original echó todo a perder. En esta parte, la nota reconfortante es que con Jesús, su vida y su sacrificio, se revierten totalmente las pérdidas surgidas por la desobediencia. Sabemos que, finalmente y a su debido tiempo, todo será restaurado a la perfección original. Esta restauración, aún en una dimensión espiritual, puede ser disfrutada aquí y ahora, en la medida en que dejemos de estar "en Adán" para estar "en Cristo". Realmente, tal como Pablo lo afirmó en otra oportunidad y circunstancia, "si alguno está en Cristo, nueva criatura ("nueva creación", NVI) es; las cosas viejas pasaron y he aquí que son hechas nuevas" (2 Corintios 5:17).

Justificados

El resultado de haber sido justificados por la fe en Jesús se efectiviza al disfrutar de los privilegios que Pablo enumera en los primeros 11 versículos de Romanos 5 que surgen, como ya hemos afirmado, de la experiencia de la justificación.

“Paz” en el versículo 1 no es meramente el sentimiento de bienestar y tranquilidad que gozamos cuando todo nos va bien. No tiene que ver con el estado del espíritu, o de la conciencia; es “paz con Dios”, y se relaciona a la dulce experiencia del a reconciliación a la que Pablo hace referencia más adelante (versículos 10, 11). “Paz con Dios” significa una relación amistosa con Él: de enemigos pasamos a ser reconciliados.

Este gran privilegio nos es otorgado “por medio de Cristo”, esto es, no sólo por lo que Él hizo por nosotros en el pasado, al morir en la cruz; sino también por su actual intermediación en nuestro favor. Todas las bendiciones espirituales están en Cristo y son disfrutadas a través de Él. La expresión “por medio de” (versículos 1 y 2) es la forma que Pablo utiliza para enfatizar el acto de Jesús de garantizarnos el beneficio del “acceso” a la “gracia”.

El también habla de que “nos alegramos” (versículo 3), incluso “aún en las tribulaciones”. La alegría denota algo positivo, y significa la certeza exultante que se siente ante la perspectiva de la gloria que nos aguarda en el futuro. El apóstol ya se había referido a la “esperanza de la gloria” (versículo 2) y ahora ve la sublimación de las tribulaciones como una especie de glorificación. Y es que la perspectiva de la gloria futura transforma la tribulaciones actuales en niveles que ayudan a la esperanza a avanzar hacia lo alto, a crecer. Hay, por tanto, una idea presente y futura de la gloria, y entre una y otra se ubica la esperanza como nexo. En otras palabras, la gloria futura nos es traída a la dimensión del presente a través de la esperanza.

Debemos tener una actitud de alabanza en las tribulaciones a causa del ministerio que ellas significan para nuestro beneficio. Pablo hace referencia a ellas en términos de paciencia, aprobación y esperanza (versículo 4), cada una de ellas abriendo espacio para la siguiente. La paciencia, o constancia, es considerada no como una mera cualidad pasiva, sino esencialmente dinámica, pues lleva a su poseedor a soportar animosamente las tribulaciones. La aprobación, significa aquí madurez. Aquél que soporta con fe las tribulaciones crece en la fe, hasta alcanzar una plena madurez espiritual, cuando el carácter se forma.

Finalmente, la esperanza cierra el círculo, y la progresión del ministerio de las tribulaciones se completa: nosotros nos gloriamos en la esperanza y en las tribulaciones, las cuales producen paciencia, y que a su vez produce aprobación, la cual genera esperanza en la certeza de la gloria futura. El proceso tiene inicio con la esperanza vuelta hacia el presente, y concluye con la esperanza volcada hacia el futuro. Toda la senda cristiana se delinea con esto, desde el momento de la justificación hasta el momento de la glorificación.

Entonces Pablo afirma que la esperanza “no defrauda” (versículo 5), es decir, no avergüenza, precisamente lo que Adán y Eva sintieron cuando pecaron. Del mismo modo, el legalismo de la justificación por las obras, tanto como la vida degenerada y perversa del liberalismo, acarrean vergüenza (ver la parábola de las bodas en Mateo 22:1-14; comparar con Daniel 12:2). No estar vestido con las vestiduras de la justicia de Cristo resultará en vergüenza (Apocalipsis 3:18; 16:15). La justificación por la fe es la certeza de la gloria porque está sustentada en el amor de Dios.

Dios busca al hombre

Pablo inicia el versículo 6 enfatizando la profusión del amor divino, revelada en el acto de Dios de haber amado al impío, tal como dejan traslucir las expresiones “cuando aún éramos débiles” y “en que siendo aún pecadores” (versículos 6 y 8). La cruz es el clímax del amor divino, porque en ella se revela el amor por los pecadores, no por los justos (versículos 7, 8). Si hubiera sido amor por los justos, el único a ser salvado habría sido el propio Jesús.

Las implicancias de este glorioso hecho son las siguientes:

- El amor de Dios no está motivado por las cualidades recomendables del ser amado, ni siquiera por las cualidades que algún día revelará por el poder de la gracia;

- El amor es precedente, porque es el amor propuesto por la muerte de Cristo por el ser amado, mientras éste aún se encontraba en la miseria del pecado.
- No se trata de un amor complaciente, sino del amor que encuentra su oportunidad e incentivo en el carácter de Dios (ver Isaías 43:25).

- Es un amor dinámico, eficaz para salvar, porque la muerte de Cristo, provista por este amor, fue a favor del impío para transformarlo en justo y asegurarle su exaltado destino, un destino que el contexto de este pasaje tiene a la vista.

- Es amor manifestado en el momento oportuno, “a su tiempo”, tal como lo dice Pablo. Cuando más carecíamos de Él, Dios acudió a nosotros. El tiempo de la consumación (Hebreos 9:26), es aquél para el cual todos los tiempos convergen, en el cual el propósito de Dios en todos los tiempos alcanzó su pleno cumplimiento.

Los versículos 7 y 8 desdoblan lo anteriormente expuesto. El texto habla del “justo” y del “bueno”. Imaginamos que es más fácil morir por alguien “bueno” que por un “justo”, porque el “bueno” despierta más simpatía y afecto. Una persona demasiado justa puede generar la antipatía de terceros. Debemos, sin embargo, recordar que “bueno” y “justo” en este contexto, son sinónimos. El pensamiento es que, si es difícil para alguien morir por alguien bueno, muchísimo más lo será por un impío. “Siendo aún pecadores” (versículo 8) es una expresión paralela a “cuando aún éramos débiles” del versículo 6. No quiere decir que ahora el creyente ya no sea pecador (comparar con 1 Timoteo 1:15), sino que indica, en este contexto, que Jesús murió no avergonzado por alguna buena cualidad nuestra. Cuando vivíamos en rebelión contra Dios, mereciendo sólo su ira y no su amor, precisamente allí Él nos amó.

“Con más razón ahora” (versículo 9), no indica que ahora poseemos algo de merecimiento del amor divino. Una vez que somos justificados, reconciliados por la cruz, podemos tener mucha más certeza de que seremos salvos de la ira venidera. Si Dios nos amó cuando no poseíamos nada de bueno, e hizo todo lo que hizo, desviando su ira de nosotros hacia la cabeza de un Inocente, ¿cómo no nos amará ahora que poseemos la justicia por la fe, y no nos librará de la ira venidera?

En los versículos 10 y 11, Pablo va desdoblando las razones por las cuales nos regocijamos como justificados por Dios. El afirma que ´"éramos enemigos" cuando fuimos reconciliados. La reconciliación sucede cuando estamos separados de Dios y bajo su ira. Ahora, reconciliados como estamos. "salvos por su vida". No se tienen en cuenta aquí los treinta y tres años que Jesús vivió entre nosotros, sino su vida presente, a partir de su resurrección. Está implícita la ideal del ministerio celestial de Jesús a favor de los que creen (ver Hebreos 7:25).

Finalmente, en el versículo 11, Pablo declara que "nos alegramos en Dios, por el Señor nuestro Jesucristo". Notemos la progresión: nos alegramos en la esperanza; nos gloriamos en las tribulaciones y, finalmente, "nos alegramos en Dios". Esa es la respuesta del evangelio para aquellos que prefieren gloriarse en sus propios logros y méritos y están entregados a la vergüenza y la confusión.

Sorbida es la muerte

En los restantes diez versículos de Romanos 5, Pablo teje un impresionante contraste entre Adán, aquél de cuyo acto proceden el pecado y la muerte, y Jesús, de cuya vida proceden la justicia y la vida eterna. Tanto la muerte de Adán como la de Cristo, trajeron consecuencias para toda la humanidad. En los versículos 12 al 14 desarrolla una especie de prólogo a la elaboración del contraste que sigue a partir del versículo 15. Pablo concluye dicho prólogo afirmando que Adán "era figura del que habría de venir". Adán es un tipo de Cristo porque ambos son cabeza de la humanidad: de Adán proceden los perdidos; de Cristo, los salvados.

Aún así, el prólogo es sombrío, porque en él el escritor se limita a hablar de las consecuencias del pecado de Adán. La muerte impuso su dominio en el mundo: ella "reinó" (versículo 14), porque "el pecado ya estaba en el mundo" (versículo 13). Entonces, la luz brilla y expulsa las sombras a partir del versículo 15. Tal como lo expresa la Lección, en los versículos 12 al 14, "Pablo trata de lograr que sus lectores se den cuenta de cuán malo es el pecado y el daño que trajo a este mundo por medio de Adán. Luego muestra que Dios ofrece en Jesús el único remedio para la tragedia de este mundo". [1]

La pregunta que sugiere la Lección para este día requiere como respuesta el resultado más funesto del pecado. Yo diría que, en esencia, no es la muerte; ésta es la consecuencia secundaria, derivada de la más funesta, que es la separación de Dios. O, tal vez, una y la otra cosa se equivalgan, pues Dios no es sólo la fuente de vida; Él es la propia vida (Juan 14:6). Una vez separada de Él, la criatura está separada de la vida y destinada a desaparecer. El pecado de Adán alienó a la humanidad de la comunión con Dios y el resultado fue la muerte para todos: "la muerte pasó a todos los hombres, pues todos pecaron" (versículo 12). La universalidad del pecado es aquí comprobada por el hecho de que todos mueren.

La Lección también afirma que la "muerte ha sido sorbida por la vida" (ver Hebreos 1:14). De hecho, la muerte de Jesús en la cruz fue la muerte de la propia muerte. Dios confrontó a la muerte generada por el pecado con la muerte que genera vida.

---

[1] Don Neufeld, La redención en Romanos [Guía de estudio de la Biblia, edición para maestros], p. 74.

La ley despierta la necesidad

Esta sección se basa en Romanos 5:13, 14. El texto está explicado de forma adecuada en la Lección, especialmente en lo que respecta a la institución de la ley y al tiempo transcurrido entre Adán y Moisés, por quien fue dada la Ley (Juan 1:17).

En el versículo 13, Pablo afirma que "el pecado no se atribuye cuando no hay ley", especialmente haciendo referencia al pecado en la forma de transgresión, o desvío de una ley formalmente declarada. No significa que, antes del Sinaí, la ley de Dios no existiera, pues hubo, en aquél período de la Historia, ocasiones en las que Dios imputó a los pecadores su pecado. Si no fuera así, me pregunto: ¿Qué fue exactamente lo que Dios hizo con Caín, con los antediluvianos, y con los habitantes de Sodoma y Gomorra, sino imputarles su pecado? (Esto, por lo menos en parte, responde a la pregunta formulada por la Lección). La Ley siempre existió en forma de principios, los cuales son tan eternos como lo es el propio Dios, pues son una expresión de su carácter. Pero en la forma escrita, la ley existió a partir de Moisés. "Ley", en esta segunda parte del versículo 13, tiene el sentido de un código escrito, formalizado, tal como lo son los Diez Mandamientos.

Aquí va una lista de los principios expuestos en los Diez Mandamientos:

1. Primer Mandamiento → Lealtad.
2. Segundo Mandamiento → Adoración correcta.
3. Tercer Mandamiento → Respeto a Dios.
4. Cuarto Mandamiento → Santidad.
5. Quinto Mandamiento → Respeto a la autoridad.
6. Sexto Mandamiento → Respeto a la vida.
7. Séptimo Mandamiento → Fidelidad.
8. Octavo Mandamiento → Honestidad.
9. Noveno Mandamiento → Veracidad.
10. Décimo Mandamiento → Contentamiento.

Los principios del Decálogo son normativos para la humanidad y están en vigor en el transcurso de toda la historia. Violar cualquiera de estos principios es pecado, y el pecado requiere la intervención de un Salvador. En cualquier época, por tanto, la ley despertó la necesidad –tal como lo determina el título de la sección de la Lección que estamos considerando–. La salvación es por gracia desde la promesa enunciada en Génesis 3:15.

La última pregunta formulada por la Lección en esta sección nos lleva nuevamente al concepto de que la ley incrementó la seriedad del pecado, tal como ya ha sido explicado en el comentario de la lección anterior. Reitero lo que fue dicho antes, junto con lo siguiente:

> La entrega de la Ley en el Sinaí propició que el pecado se manifestara en la forma de transgresión (Romanos 4:15; Gálatas 3:19); el pecado de Adán fue exactamente eso, la transgresión de un mandamiento expresamente promulgado (Génesis 2:16, 17). Por lo tanto, a partir del Sinaí, el pecado se vuelve más efectivamente definido como acto pecaminoso (aunque sin dejar de ser también un principio que determina una condición), como transgresión, a semejanza del pecado de Adán.

Hay una multiplicación de esta clase de pecado, pues ya no es sólo uno el que actúa como transgresor, sino que ahora son todos los que son apercibidos de la ley y sus exigencias. Por la forma de pensar de Pablo, podemos inferir que, cuanto mayor es el conocimiento de la ley, mayor es la multiplicación de la transgresión, esto quiere decir que, cuanto más se deja revelar la ley, más se ve vulnerada. Esto es, sin duda, uno de los más contundentes argumentos paulinos en contra de cualquier intento de salvación por la ley. Para Pablo, el rol de la ley en el proceso de la salvación humana es exactamente el de realzar el pecado como factor de perdición e incrementar la necesidad de un Salvador.

El segundo Adán

Las preguntas formuladas por la Lección en esta sección tratan acerca del contraste entre Adán y Cristo y sus respectivos actos. El paralelo entre ambos realza, a través del contraste, el valor del plan de Dios. El contraste es entre el pecado del primero y la justicia del Segundo, y sus opuestas consecuencias para la raza humana: muerte y vida. Tanto el pecado de Adán como la justicia de Cristo son considerados como actos históricos que resultan en dos poderosos principios que actúan en el hombre: el pecado y la gracia. Adán y Cristo emergen como cabezas de dos completas y distintas humanidades: la *perdida*, vinculada a Adán por la ascendencia biológica (todos descendemos de él); y la *restaurada*, vinculada a Cristo por la fe.

El contraste se desarrolla de la siguiente manera

Vers.	Adán	Cristo
15	Delito	Don gratuito
15	Murieron muchos	Mucho más copiosamente se derramó sobre muchos la gracia
16	Juicio	La gracia
16	Por un pecado	Muchos delitos
16	Para condenación	Justificación
17	Reinó la muerte	Reinarán en vida
18	El delito de uno	La justicia de Uno solo
18	Condenación a todos	Justificación que da vida a todos
19	Desobediencia	Obediencia
19	Muchos fueron constituidos pecadores	Muchos serán constituidos justos
20	La Ley vino para que abundase el [conocimiento] del pecado	Sobreabundó la gracia
21	El pecado reinó para muerte	La gracia reina para vida eterna por medio de la justicia (Jesucristo)

¿Qué nos toca a cada uno de nosotros de este paralelo entre Adán y Cristo con estos contrastes entre pecado (o delito) y justicia; de condenación y de gracia; de vida y de muerte? Todo, pues de cada uno de nosotros se requiere la decisión de permanecer en Adán o en Cristo. No hay una tercera opción, como si alguien pudiera decir:

“No quiero estar vinculado ni con uno ni con el Otro”. La neutralidad es imposible. La vinculación con Adán es biológica, y con Cristo el vínculo es por la fe. Pero, una vez que se opta por Cristo, la fe suplanta las fuerzas orgánicas naturales.

No obstante, notemos lo que le corresponde a cada uno de ellos, Adán y Cristo. Es lo que nos corresponderá a nosotros inevitablemente, pues asimismo es imposible que permanezcamos en uno y recibamos lo que le corresponde al otro; si estamos en Adán no recibiremos lo que le corresponde a Cristo, y viceversa. Entonces, tenemos que ser sabios en la elección y pedirle fuerzas a Dios para escoger a quien deba ser escogido. Tal como lo expresa la Lección, “Pablo enfatiza que la justificación no se gana, es un don. Es algo que no merecemos. Como todos los dones, tenemos que buscarlo y aceptarlo. En este caso, lo pedimos por la fe”. [2]



Dr. José Carlos Ramos
Pastor jubilado
Ex profesor del Seminario Adv. de Teología
UNASP – Campus Eng. Coelho

Traducción: Rolando D. Chuquimia
© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

[2] Neufeld, p. 76.